

III

La Teoría de las Formas
Separadas a Través del
"Parménides"

Por

Guillermo Carrau, S. I.

INTRODUCCION

Se atribuye ordinariamente a Platón una teoría algo extravagante acerca del conocimiento, por la cual admitiría él la existencia en el mundo ontológico, de formas-escencias eternas, inmutables, necesarias, etc., que serían como ejemplares de todas las cosas y principio de sus propiedades sustanciales o accidentales.

Como parece extraño que un ingenio tan sutil y penetrante como el de el celeberrimo autor de los Diálogos, haya elaborado, o siquiera aceptado, una tal teoría del conocimiento, que implica tantas y tan graves dificultades, creemos que sería de interés científico el examinar de nuevo directamente los fundamentos de la aserción, que atribuye al fundador de la Academia la teoría de las formas separadas.

Es natural y obvio que tales fundamentos se hallen en las obras del mismo Platón. Así pues, si queremos hacer un estudio crítico completo, hemos de ir examinando en cada diálogo, qué resultados nos da la inquisición acerca del problema propuesto. Después, teniendo presentes las conclusiones obtenidas en cada análisis, deberemos conglobar en una síntesis total los resultados positivos obtenidos en dicha investigación.

Para el presente trabajo, primer jalón de una vasta estructuración filosófica, hemos escogido el diálogo PARMENIDES en el que más explícita y directamente se trata de tal teoría y en el que el mismo Platón expone con claridad y fuerza extraordinarias las muchas dificultades que se suscitan contra ella.

He aquí el desarrollo esquemático del diálogo.

En nombre de las formas suprasensibles Sócrates juzga vulgar y totalmente defectuosa la posición del problema filosófico en los argumentos de Zenón. Sócrates ve el verdadero y apasionante problema en la coexistencia necesaria de oposiciones en la naturaleza íntima de las formas. Y proyectando una claridad despiadada sobre estas contradicciones inherentes a las formas, Parménides triunfa a su vez sobre Sócrates.

Sin embargo, malquiera que sea la gravedad de estas contradicciones tan vigorosamente demostradas, Parménides proclama la aceptación de las formas como condición absoluta del pensamiento. Y para permitir comprender mejor y defender esta realidad indispensable de las formas, servirá el entrenamiento dialéctico que Parménides expone y desarrolla tomando como tema la forma Unidad.

El PARMENIDES es como el prefacio de la tetralogía PARMENIDES-TEETETO-SOFISTA-POLITICO, conocida con el nombre de Diálogos metafísicos. Se considera generalmente que fué escrito por Platón hacia fines de su edad madura.

El texto elegido es el de la *Collection des Universités de France* establecido por Auguste Diés. Asimismo en la traducción castellana seguimos, en los casos dudosos, la interpretación que él nos da en su versión francesa.

Para desarrollar con orden el estudio propuesto iremos examinando sucesivamente las principales cuestiones a que el problema da lugar, o sea:

- ¿Admitió Platón la existencia de formas separadas?
- ¿Cómo determinó la naturaleza de dichas formas?
- Génesis y valor de la teoría.

CAPITULO PRIMERO

¿Admitió Platón la existencia real de formas separadas?

Para poner en claro cuál sea la doctrina platónica acerca de este punto iremos estudiando los textos del diálogo en los que con más claridad es indicada. Para simplificar la exposición de la materia preferimos en esta primera parte poner los pasajes todos seguidos sin comentarlos por ser de contenido más o menos homogéneo y de fácil comprensión.

129a — *Pero dime esto, ¿no crees que hay una forma en si de la semejanza y otra opuesta a ésta, la de la desemejanza, y que esta dualidad de formas participamos yo y tu y lo que llamamos múltiple, y que lo que participa de la semejanza se vuelve semejante, y lo que de ambas, ambas cosas a la vez?*

129d — *De aquel que se esforzara en demostrar que son uno y múltiple estas cosas sc. piedras y leños y cosas por el estilo, diríamos que nos demuestra unos y múltiples, pero no que el "uno" es múltiple ni que el "múltiple" es uno; ; pero si alguno . . . coloca separadamente las formas en si, como ser semejanza, desemejanza, unidad, pluralidad, inmovilidad y después demuestra que estas formas son en sí mismas*

capaces de mezclarse y separarse, he aquí oh Zenón lo que me maravillaría vehementemente.

130b — (habla Parménides) — Pero dime, ¿tú mismo, colocas así separadamente como dices, en una parte las formas en sí y en otra las cosas que de ella participan? ¿y te parece que existe una semejanza en sí aparte de la que nosotros tenemos? ¿y la unidad en sí y la multiplicidad y todas esas cualidades que oíste decir a Zenón?

—Yo, ciertamente, dijo Sócrates.

—¿Y acaso crees también que existen separadamente estas cosas, como una forma en sí de lo bello, de lo justo y de lo bueno y así de todas las determinaciones por el estilo?

—Sí, dijo Sócrates.

130c — ¿Y también una forma aparte del hombre aparte de nosotros y de todos los hombres como somos nosotros, una forma en sí del hombre, del fuego, del agua?

—Muchas veces he estado dudando acerca de estas cosas si acaso convenga o no resolverlo en el mismo sentido que las otras.

130d — De ninguna manera, habría dicho Sócrates, sino que aquellas cosas que vemos, existen, pero pensar que existen sus formas sería demasiado extraño. Hace tiempo me atormentó la idea de que acaso habría que admitir lo mismo para todas las cosas; pero apenas me detengo en esto ya huyo temiéndome a perecer sumergido en un abismo de naderías; así pues, habiendo llegado a conceder las formas que decíamos hace poco, en ellas estudio y me entretengo.

130e — Todavía eres joven, oh Sócrates, habría dicho Parménides, y todavía no te ha arrebatado el amor de la sabiduría como te arrebatará según creo cuando nada de estas cosas desprecies; mas ahora, a causa de tu edad tienes aún cuenta con las opiniones de los hombres.

131a — Pero dime, ¿te parece, como dices, que existen ciertas formas de las cuales las otras cosas reciben sus predicados por participación; como ser: participando de la Semejanza, se harán semejantes, de la grandeza, grandes de la belleza y justicia, justas y bellas?

—Perfectamente habría dicho Sócrates.

133a — Verdaderísimo, no es por semejanza como las cosas participan de la forma. Hay que buscar otra manera de participación.

—Así parece. ¿Tú ves pues, oh Sócrates, qué dificultades hay si alguno define las formas como subsistentes en sí mismas? Cierto.

133b — *Y con todo, sábelo bien, todavía no puedes decir palabra acerca de cuan grande sea esa dificultad si pones siempre una forma aparte de cada cosa. Si alguno dijera...*

135b — *De acuerdo estoy contigo, oh P., dijo S., dices lo que yo pienso.*

— *Y por el contrario, oh S., si a su vez alguien no admite la existencia de las formas habiendo mirado todas estas dificultades, ni delimita una forma para cada cosa determinada, no tiene donde volcarse el pensamiento, no permitiendo que la idea o forma de las cosas sea siempre la misma y así corrompe enteramente la fuerza del razonamiento. ¿No has pensado de esta manera? Cierto.*

— *¿Qué harás pues con la filosofía? ¿a dónde volverse siendo estas formas desconocidas?*

— *Yo no veo donde, por lo menos por ahora.*

Del estudio atento y detenido de los textos arriba transcritos, creo que se deducen claramente estas conclusiones:

1º existen ciertas formas o esencias de las cosas (cf. 129a, 130b, etc., etc.).

2º esas formas, existen separadas de las cosas, subsistentes en sí mismas (cf. 135a, b, c, etc.).

3º todas las cosas participan en algún modo de estas esencias, y por el hecho de participar de ellas tienen sus propiedades y reciben sus mismos predicados (cf. 129a, 130b).

Ofrece alguna dificultad el texto 130c que parece indicar cierta restricción en admitir la universal aplicación de las formas separadas, pero creo que ese texto se ha de entender como una simple duda ficticia pues si lo comparamos con el 130e vemos que en éste claramente pone Platón en boca de Parménides la universal aplicación de las formas, considerando esa duda como un respeto humano de Sócrates "todavía muy joven y atento a las opiniones de los hombres".

En los textos 133a y 133b nos declara sin embozos que hay grandes dificultades en admitir las formas como subsistentes en sí mismas, pero que no obstante esto, considera absolutamente indispensable el admitirlas, so pena de destruir la noción misma del conocimiento y de la ciencia "no disponiendo de un fundamento seguro para razonar" (135b). ¿Qué harás tú con la filosofía? ¿Dónde volverte si a estas cuestiones no hallas respuesta? (135a).

Recientemente algunos investigadores han creído que a las ideas platónicas no había que darles otra existencia que la conceptual, más aún, P. Natorp (Platos Ideenlehre 1903) y

su escuela, piensan que tales esencias no son sino meras leyes del entendimiento, o formas como las categorías de Kant. Sin embargo, creemos que esta concepción moderna es refutada por el mismo Platón en los textos 132b y 132c, haciendo ver la intrínseca contradicción de una forma-concepto por cuya participación, "o todo estaría hecho de pensamientos, y entonces todo piensa, o todo siendo pensamientos, estaría privado de pensar".

Este texto pues, no hace más que confirmar lo que se expone en todos los anteriormente citados: las formas existen por sí mismas y aparte de todo otro ser.

Respecto a la duda que se podría ofrecer de si Platón sustentó esta teoría como suya propia, si tenemos en cuenta toda la marcha del diálogo, y que él solía poner en boca de los interlocutores sus propias doctrinas, y que esa teoría de las formas separadas y existentes en sí, nadie que sepamos, la sustentó antes que él, creo que dicha duda puede ser decidida por la afirmativa sin temor de equivocarse.

CAPITULO SEGUNDO

¿Qué naturaleza atribuye Platón a las formas separadas?

Puesto que la primera investigación nos ha hecho admitir como indudable el que Platón haya sostenido la existencia de formas-esencias separadas, cúmplenos dar un paso más, esto es, seguir indagando cuál sea la naturaleza o propiedades que el filósofo ateniense les concede en el decurso de este diálogo.

Para proceder con orden, buscaremos primero cómo determina en sí mismas las ideas, después, cómo las determina en relación con las cosas y con nuestra razón.

1. — Naturaleza o propiedades íntimas de las Ideas.

Ante todo, los textos 130a y 135e nos hacen notar que nos hallamos en presencia de realidades suprasensibles alcanzadas solamente por la razón.

130a — *Has desarrollado tu argumentación con gran virilidad; sin embargo creo que sería mucho más admirable el que, como decía, alguno mostrara estas mismas oposiciones entrelazándose de mil maneras en el seno mismo de las formas, y así como tú las has seguido en los objetos visibles, así también las mostrara en lo que sólo alcanza el razonamiento.*

135e — *... fuera de esto me agradó el que no permitieras que tus investigaciones se detuvieran en las cosas visibles, sino que subieran a aquellas cosas que son por excelencia objeto del*

razonamiento y que con justo motivo se llamarían formas.

En el texto 132a insinúa Sócrates la unicidad de cada forma, pero esta apreciación es visiblemente atacada por Parménides con el argumento vulgarmente llamado del tercer hombre, sin que Sócrates pueda responderle en forma adecuada.

132a — Y bien, ¿qué respondes a esto? — ¿a qué?

—Creo que tú piensas que cada forma es "una" porque cuando muchos objetos te parecen grandes, "una" visión o aspecto idéntico se muestra a tu mirada, de donde crees que la grandeza es "una".

—Dices la verdad. — Y bien, lo grande en sí y las cosas grandes, si así los contemplas con el alma en una mirada de conjunto, ¿no aparecen a su vez con la unidad de otra grandeza por la que todas estas realidades necesariamente aparecen grandes? — Así parece. — Por lo tanto, una nueva forma de grandeza aparecerá, además de la grandeza ya existente y de lo que de ella participa, y sobre todos estos, otra a su vez por la que todo esto será grande; y ya en verdad cada forma no será una sino infinitamente múltiple.

Más abajo encontraremos la solución de esta aparente antinomia.

Cada forma es inmutable en sí misma según lo podemos apreciar por los textos

129b — pero si alguno mostrara que los semejantes-en-sí se vuelven desemejantes, o los desemejantes-en-sí semejantes, lo tendría por prodigio; mas si demuestra que las cosas que participan de estas ambas formas son afectadas de ambos caracteres, no es gran cosa, oh Zenón, como tampoco el que alguno demuestre que todas las cosas son uno por participar de la unidad y que estas mismas cosas son múltiple por participar de la multiplicidad. Pero si demostrara que lo que es el uno esto mismo es múltiple y semejantemente que lo que es el múltiple es uno, esto ya lo admiraría.

129c — Y lo mismo digo de todo lo demás, pues si demostrar que los géneros mismos y las formas reciben en sí mismos estas afecciones contrarias, esto sería digno de admiración, pero si alguno demuestra que yo soy uno y múltiple, ¿qué gracia tiene si dice, queriéndome demostrar múltiple, que una es mi parte derecha, otra mi izquierda, otra mi anterior, otra mi posterior y así arriba y abajo?, pues supongo que yo participo de la pluralidad, ¿y si queriéndome demostrar uno, dice que siendo siete nosotros, yo soy un hombre participando de la unidad? Así demostraría ciertas ambas cosas.

Y con respecto a las demás formas, cada una es imparticipada e imparticipable

129b — cf. pág. 1 *supra*

129c — *idem*

129d — p. 1

130a — p. 1.

Y el estar las formas-esencias separadas entre sí, como se puede ver por los textos siguientes, confirma las propiedades arriba enunciadas.

Cf. 129d p. 1

129e — 130a p. 2 y 5.

2. — Las ideas en relación con las cosas.

Si analizamos el alcance de las relaciones de las ideas con las cosas sensibles, encontraremos que contrariamente a lo visto arriba respecto al influjo mutuo de las formas, éstas son participables a las cosas, de tal manera que precisamente de esta participación reciben las cosas todas sus propiedades y su misma denominación.

Cf. 131a p. 3

. 129a p. 1.

En los textos 132d y 133a Sócrates insinúa que las formas podrían ser consideradas a manera de ejemplares de los que las cosas serían simples imitaciones. Esta sugestión es también impugnada por Parménides, sin que Sócrates pueda contestar satisfactoriamente.

Cf. 132d — *Mas esto, oh P. no es todavía lo razonable, más bien creo que es esto: estas formas están en la naturaleza a manera de ejemplares, las otras cosas se parecen a éstas y les son semejantes, y esta participación de las cosas con las formas se hace por el solo ser imágenes de éstas. . .*

133a — *. . . por tanto, no es por semejanza como participan de la forma las cosas. Hay que buscar otra manera de participación. Así parece.*

Sin embargo, tanto esta dificultad como las del texto 132a p. 5 indicada más arriba, Platón por boca de Parménides, no las cree insolubles. Hace falta, dice, "estar bien dotado", y tener "mucho estrenamiento dialéctico" para poder defender esa teoría.

135a — *Así pues, oh S., dijo P., ésta y todavía muchas otras dificultades es menester que tengan las formas si existen por sí mismas; y si alguno distingue cada esencia por separado. De esta manera dudará el oyente y afirmará que no existen tales. . . formas, o a la sumo si existieran, por necesidad serían desconocidas a la naturaleza humana; y en tal caso, o al que esto dice le parece decir algo, o bien, como decíamos poco ha, sería maravilloso el convencerle de lo contrario. Y es propio de un hombre muy bien dotado el poder saber que hay para*

cada realidad determinada, un género, una existencia en sí. Y mucho más de admirar es el poder hallar quien enseñe a otros estas cosas cuidadosamente sometidas a crítica.

135cd-e — ¿qué harás pues tú con la filosofía? ¿a dónde volverte si a estas cuestiones no hallas respuesta? — Por ahora no lo sé. — Precisamente eso que tú has hecho antes oh S. tratando de definir lo bello, lo justo, el bien y todas las formas una por una... ejercítate en todos esos ejercicios que parecen no servir para nada y que el vulgo llama habladurías. Amóldate a eso ahora que eres joven, de lo contrario la verdad huirá de tus esfuerzos. — Pero, ¿en qué consiste esa gimnástica? — Lo que te ha leído Zenón, le respondió P., es un perfecto modelo de ella. Sólo le faltaba eso que me encantó en tu argumentación, es decir, el empeño en no dejar que la indagación se sumergiera en las cosas visibles e hiciera de ellas su objeto, sino que se aplicara a las cosas que son por excelencia objetos del razonamiento y que con más justo título se llamarían formas.

3. — Las ideas en su relación con nuestra razón.

Si examinamos los textos 130a y 135e, encontraremos que las ideas o esencias separadas de las cosas, existentes en sí mismas en la realidad, constituyen el objeto excelentísimo de nuestro discurso. Esta concepción la vemos claramente indicadas en aquellas palabras del primer texto citado: "... así también mostrara esas contradicciones en lo que sólo alcanza el razonamiento", o sea, como dice poco antes "en el seno mismo de las formas". Cf. p. 5, 130a.

Mucho más explícito es el sentido en el texto 135a, en el que podemos leer las siguientes palabras: "fuera de esto me agradó, oh S., el que no permitieras que tus investigaciones se detuvieran en las cosas visibles sino que procuraste subieran a aquellas cosas que son por excelencia objeto del razonamiento y que con justo motivo se llamarían formas".

Sintetizando, pues, las observaciones hechas en este segundo capítulo, podemos decir que la naturaleza íntima de las ideas-esencias se puede describir con Platón admitiendo que son: realidades suprasensibles, únicas e inmutables, imparticipadas entre sí pero participables por las cosas (1), y objetos del razonamiento (2).

CAPITULO TERCERO

Trayectoria genética de la teoría de las formas separadas

No dejaría de ser interesante el investigar el proceso lógico o psíquico por donde llegó Platón a concebir y defender la existencia de las ideas-esencias. Tal estudio arrojaría sobre el problema que investigamos una gran claridad y conduciría indudablemente a la rectificación de muchos conceptos falsos o por lo menos erróneos que corren ordinariamente en diversos manuales de historia de la filosofía. Pero dada la índole particular y limitada del presente trabajo, debemos circunscribirnos a anotar solamente los datos más representativos que aparezcan en el Parménides acerca la sobredicha cuestión, dejando para otros trabajos más extensos o más determinados la solución completa de ese aspecto del problema.

Para interpretar rectamente los pocos pasajes de esta obra en los que se toca este punto, es menester recordar previamente los que en otro diálogo (Rep. Lib. VII) nos indica el filósofo sobre las relaciones entre el alma y el cuerpo.

Admite allí Platón la existencia del alma espiritual principio de nuestra racionalidad. Pero esta alma está como incluída en la cárcel del cuerpo. Es principio directivo de la actividad psíquica del hombre pero está en el cuerpo "como el cochero en el carro" o "como el timonel en la nave", esto es, sin estar sustancialmente unido a él. De ahí que la sensación no contribuya al conocimiento intelectual; sólo tenemos por medio de ella la ciencia experimental.

Puesta esta separación nimia entre el alma y el cuerpo, de modo que el conocimiento sensible no pueda influir en el alma, ni ésta valerse de aquel para hacer la ciencia universal, Platón es llevado lógicamente e irresistiblemente a admitir que la verdadera ciencia, la ciencia especulativa de las cosas en sí,

(1) Respecto a la naturaleza de esta participación, Platón nada dice ni en éste ni en los otros diálogos. Y según el testimonio de su discípulo Aristóteles, "la participación que él invoca nada es". (Cf. *Metaph.* 1. I c. III; cap. VI 987b).

(2) En el 134a, Platón presenta a las ideas como incognoscibles por la razón humana, y en el 135e las hace objetos del razonamiento. Esta oposición la solventará en otros diálogos admitiendo que en nuestra alma, las ideas sean innatas, esto es, que estén como "sopitas" o dormidas por haberlas adquirido en una existencia anterior. Y nosotros, intuyendo esas ideas ejemplares de todas las cosas, razonamos haciendo así la ciencia.

la ciencia de las ideas universales, las cuales no son captadas por los sentidos corporales, es propia únicamente del alma.

Cf. 130a p. 5
 130d p. 3
 135e p. 5

Y como la experiencia actual e histórica le atestigua la existencia de una verdadera ciencia, deduce la existencia real de esas ideas universales, esencias separadas, verdaderos objetos del razonamiento y ejemplares de todas las cosas.

Cf. 135b p. 7
 135c p. 7

De ahí que, reconociendo Platón las enormes dificultades que entrañan tales esencias separadas, consecuente con sus principios se ve obligado a admitirlas, pero procurará con todas las veras sacarse de encima la fuerza de las argumentaciones opuestas, quitándoles valor absoluto.

Cr. 135a p. 7
 135b p. 7

Y solventará la más terrible de las dificultades que se le pueden oponer, esto es, la de la incognoscibilidad de las esencias 134b, diciendo que tenemos innatas en nuestra alma las ideas por haberlas visto en una vida anterior. (Cf. Rep. Phaed. Tim).

134b. . . . Y lo mismo, cada ciencia nuestra determinada, sería ciencia de un ser determinado? Necesariamente. Ahora bien, como decías, las formas en sí ni las tenemos ni pueden estar en nosotros.

No. Y esas mismas formas sólo pueden ser conocidas por una ciencia de las cosas en sí. Cierto. La cual no tenemos. No, pues. Por lo tanto, nosotros no podemos conocer nada de las formas puesto que no participamos de la ciencia en sí de ellas. Parece que no. Por lo tanto, son desconocidas para nosotros, lo bello en sí esencial, y el bien, y todo lo que admitimos como formas en sí. Tiemblo de esto.

Finalmente, en el 134c hace ver Parménides a Sócrates, el más peligroso corolario de su teoría, que tiende por un proceso noético algo singular, a negar a Dios todo conocimiento de las cosas humanas y a los hombres la ciencia de lo divino.

134c. — ... Y semejantemente, nosotros no los imperamos con nuestro imperio ni conocemos nada de lo divino con nuestra ciencia, y ellos por la misma razón ni son nuestros dueños ni conocen las cosas humanas, siendo ellos dioses. Temo no vaya demasiado lejos el discurso que llega a negar a dios la ciencia.

De todo lo cual, creo que es lícito concluir al terminar esta tercera fase de nuestro trabajo, que si bien la teoría de las formas separadas da lugar a evidentes y extrañas contradicciones, Platón la admitió o elaboró fundado en verdaderos motivos, como que atañen nada menos que a la base de todo conocimiento científico, el cual no es posible negar sin condenarse por el mismo hecho a un agnosticismo fatal en sus desastrosas consecuencias.

De los textos que hemos observado del Parménides, se deduce claramente que el filósofo ateniense admite las esencias en sí, como la única solución posible al problema del conocimiento perfecto, tal como él se lo planteó. Tiene el valor de reconocer y proponer sin miramientos las conclusiones contradictorias a que su teoría da lugar, pero a pesar de ellas, cree que tal doctrina es indispensable y único fundamento de la verdadera sabiduría.

CONCLUSION

Nuestra búsqueda toca a su término. Después de haber inquirido con espíritu crítico el alcance de los textos platónicos, creo que podemos legítimamente responder a las cuestiones que al principio nos propusiéramos.

Hemos llegado en el capítulo primero, a tener la completa certidumbre de que Platón admitió realmente la existencia de esencias en sí de las cosas; existencia real, ontológica, extramental.

En el capítulo segundo hemos escrutado la naturaleza íntima de esas formas, y las conocimos suprasensibles, únicas en su inmutabilidad perpetua, sin mezclarse entre sí, mas participando sus esencias a las cosas visibles, y constituidas en el objeto excelentísimo del entendimiento.

Finalmente, acabamos de ver en el capítulo tercero, que Platón admitió esas esencias separadas, lógica y consecuentemente con sus anteriores teorías acerca del problema del conocimiento.

Por consiguiente, como fruto de nuestro estudio, creemos poder afirmar que: no es erróneo el atribuir a Platón esa teoría un poco excéntrica en su concepción y temible en sus consecuencias. Más aún, creo que no debemos admirarnos de lo extraña que parece tal doctrina, sino más bien buscar en otra parte, v. gr., las enseñanzas psicológicas del mismo pensador, la justificación o explicación de ella, admirando al mismo tiempo el vasto esfuerzo criteriológico del filósofo de la Academia.